el Fortin de la Tenería, que se estaba demoliendo, el General dispuso que la misma Guarnicion que lo cubría, trabajase toda la noche en repararlo.

Con efecto, toda la noche se trabajó á pesar de la lluvia, que no por ser fina, dejaba de causar gran perjuicio.

Setiembre 21.

Al amanecer, los parapetos estaban casi concluidos, aunque se había tenido que completarlos con sacos á tierra, que tenian el grave defecto de ser de género ordinario de algodon; pero el foso, sin terminar, no tenía la anchura ni la profundidad necesarias, hallándose ademas las escarpas con escalones que facilitaban su descenso y escalamiento.

Sobre las plataformas para la artillería, colocada á barbeta, no se habian establecido explanadas de madera; y semejante falta, debería producir dificultades en el servicio de los cañones, sobre la tierra recientemente amontonada y humedecida por la lluvia.

La obra, pues, se hallaba sin concluir.

La Guarnicion, la componían unos doscientos infantes de los batallones Segundo Ligero y Querétaro, repartidos entre el fortin y la casa de la Tenería, que quedaba á la espalda.

La artillería, constaba de una pieza de á ocho, una de á cuatro y un obusito de montaña, que no tenía dotacion de artilleros.

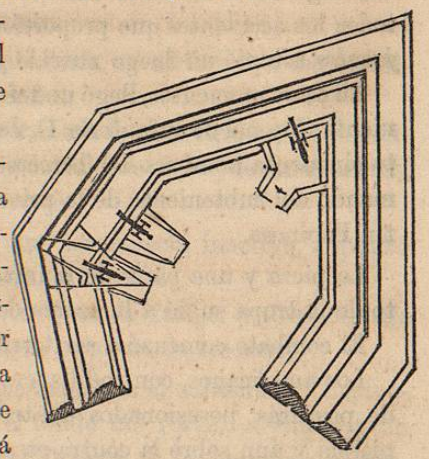
Mandaba el fortin el coronel del Segundo Ligero D. José María Carrasco, y la artillería el Jefe de Division D. Juan Espejo.

La capital de la obra, se inclinaba de N. E. á S. O. La cara y flanco de la derecha estaban protegidos por la casa de la Tenería y por el rio de San Juan. La cara y flanco de la izquierda miraban á la campaña, hacia el rumbo que traía el enemigo.

Por descuido, ó por falta de tiempo, no se habian limpiado los aproches, y un campo de maíz cuyas cañas estaban crecidas, algunos árboles, magueyes y nopales, favorecian grandemente á los asaltantes

El trazo del fortin era una luneta; pero en uno de los flancos se había construido una pequeña cara, como para ocultar un poco la gola que quedaba descubierta.

El trazo, pues, podría representarse como aquí se ve.



La gola se apoyaba en una arboleda con algunos *jacales*, en el camino que conducía al puente de la Purísima.

Es indudable que aquella línea de árboles y *jacales*, debía haberse ocupado sólidamente, ligándola con el puente de la Purísima. Apoyada así el ala izquierda, que sería flanqueada por la Ciudadela, y con una fuerza respetable de caballería con que se contaba, hubiera presentado á los americanos un obstáculo que no hubiesen podido vencer, ó les habría costado grandes sacrificios.

Pero nada de esto se hizo, y la Tenería tuvo que atenerse á sus propios esfuerzos.

La mañana del 21 amaneció lluviosa y triste. A la tropa se le dió un trago de *mezcal*, para confortarla un tanto, de las fatigas de la noche.

Serían las siete, cuando el enemigo comenzó á organizar su ataque á la Tenería.

Para cubrirlo, situó una batería en el punto C, con la que batió unos veinte minutos á la Ciudadela.

El General D. Francisco Mejía, que se hallaba en estos momentos en la Tenería, le dijo al coronel Carrasco, que se preparase, porque el ataque á la Ciudadela era fingido y el verdadero vendría sobre aquel punto.

En efecto, tres columnas, aprovechando las sinuosidades del terreno y la vegetacion, siguiendo las líneas de puntos D D D, avanzaron á paso acelerado. La de la derecha se dirigió á ocupar la arboleda y solares que terminan la ciudad por el N. E. La del cen-

tro se detuvo quedando en reserva, y la de la izquierda, precedida de una nube de Tiradores, cargó sobre la Tenería.

El enemigo, sin detenerse á contestar el vivo fuego que se le hacía, llegó hasta las inmediaciones de la obra, y allí, cubriéndose con todos los accidentes que proporcionaba el suelo, y ocupando algunos *jacales*, rompió un fuego nutrido y certero.

En estos momentos, llegó un refuerzo de la plaza, al mando del Teniente Coronel de infantería D. Joaquin Castro, que conducía ciento cincuenta hombres del Tercero Ligero, y un cañon de á ocho, al mando del subteniente de la primera brigada de artillería D. Agustin Espinosa.

La pieza y una parte de la infantería, entraron al fortin, y el resto de la tropa subió á la azotea de la Tenería.

El combate comenzó á ser terrible.

Los americanos, con rodilla en tierra, agazapados, en toda clase de posturas; posesionados del terreno cercano al fortin, á tiro de pistola y áun sobre la contra-escarpa, y cubriéndose con cuanto encontraban; hacian un fuego muy vivo á los parapetos. Otros, habiendo penetrado á la arboleda, descubrian por la gola el interior de la obra, y herian á algunos hombres por la espalda.

Sin embargo, los americanos retrocedieron.

La columna E, que hasta entónces había permanecido inmóvil, avanzó apoyada por algunas piezas de artillería, á restablecer el ataque.

Advertido el subteniente Espinosa de que colocaban un cañon en el punto F, hizo dos ó tres disparos tan certeros, que el enemigo tuvo que desistir de su intento.

La infantería había redoblado su fuego, y la Guarnicion de la Tenería comenzaba á fatigarse.

Repentinamente, las columnas enemigas de la derecha y del centro, se retiraron en desórden, lo que visto por la de la izquierda, que era la más empeñada en el ataque, no tardó en imitarlas.

Las dianas y los vítores más entusiastas se lanzaron al aire por los defensores de la Tenería, que por momentos esperaban ver la columna de reserva salir sobre el enemigo.

Pero no fué así. La causa de la retirada de los americanos, era

la aparicion hacia su derecha de una fuerte columna de caballería que salió de la plaza, por el rumbo de la Ciudadela. Una carga brusca de toda aquella masa, acaso hubiera producido gran resultado; pero solamente cargaron unos cincuenta ginetes del Tercero, al mando del Teniente D. Joaquin Miramon..

El no haber cargado toda la caballería, se atribuyó á las rivalidades que existian entre los generales.

Los lanceros de Miramon alcanzaron á los americanos, ocasionándoles algunas pérdidas; pero posesionándose éstos de unas cercas, obligaron á retirarse á los del Tercero.

Sin temor ya á la caballería, que permanecía inactiva, organizó el enemigo un nuevo ataque contra la Tenería.

La Guarnicion del fortin estaba llena de fatiga, y desconsolada porque no veía aparecer la anhelada columna de reserva.

Los fusiles ardían; la pieza que mandaba el subteniente Espinosa, á cada disparo rodaba hasta el fondo del fortin, costando gran trabajo volverla á subir y poner en batería, en lo que ayudaba personalmente el Teniente de Ingenieros D. Joaquin Colombres.

La otra pieza de á ocho, que dirigía el capitan graduado, teniente del arma D. Jacinto Domínguez, hacía fuego con suma dificultad; porque colocada á barbeta en el ángulo saliente del fortin, los artilleros quedaban completamente á descubierto, hallándose los americanos alojados al otro lado del foso, desde donde los cazaban.

En tan críticas circunstancias, Domínguez tapaba el fogon, cubriéndose como mejor podía con la cureña y con la pieza. El cabo José Salomo y un artillero, servian los primeros puestos, y ambos se habian acostado debajo de la cureña. Apoyando la espalda á la rodillera del parapeto, introducian la carga en el cañon y la empujaban con el atacador, cuya maniobra era ejecutada con mucho trabajo.

Otros artilleros, agazapados á los lados de las ruedas, las empujaban cuando era necesario para poner el cañon en batería; y los cuartos artilleros, proveían de municiones á los primeros, por entre los rayos de las ruedas.

Fuera de combate Domínguez y algunos sirvientes, despues de larga fatiga, la pieza quedó muda, hasta que concluyó la accion.

El género de los sacos á tierra, con que estaba revestido y terminaba el parapeto, se había incendiado con el fuego de las cazoletas de los fusiles, y la tropa no podía acercarse para disparar.

Dos artilleros que conducian municiones para proveer las piezas, se habian quemado, por habérseles inflamado los cartuchos que llevaban.

A pesar de todo, el enemigo fué recibido en su tercer ataque con igual denuedo que los anteriores; pero pronto llegaron á oirse dos gritos á cual más aterradores.

¡Parque! ¡Agua!

En efecto, la tropa sufría una gran fatiga; los soldados tenían los labios negros de la pólvora, y esta circunstancia y la agitacion del combate, les producía una sed abrasadora.

En cuanto á las municiones, nadie sabía dónde hallarlas, ni parecía el jefe del punto, para darle parte de lo que pasaba.

Ya no quedaban haciendo la defensa mas que los oficiales.

En esto el fuego del enemigo aumentaba, miéntras el nuestro disminuía notablemente, y los soldados comenzaban á separarse del parapeto.

El capitan del Tercero Ligero D. Domingo Nava, reunió unos cuarenta hombres, y se dirigió con ellos hacia la gola, arengándolos para cargar á la bayoneta; lo cual visto por los soldados que quedaban en los parapetos, se precipitaron tambien en direccion de la gola.

En vano pretendieron los oficiales contenerlos, y los que se detenían, poniendo armas al hombro y mostrando las cartucheras vacías, exclamaban invariablemente: "Mi jefe, que nos den *parque*, y nos batiremos."

Cuando pasó aquella avalancha, solamente quedaron en el fortin cinco individuos; á saber: el Teniente de Ingenieros D. Joaquin Colombres, el Subteniente de Artillería D. Agustin Espinosa, un oficial de infantería llamado Castelan, un soldado del Tercero Ligero, y el que suscribe.

En la azotea de la casa de la Tenería quedaban, el Capitan del Tercero Ligero D. Juan Servin, el Teniente del mismo cuerpo D. Ignacio Solache, el Subteniente del Batallon de Querétaro D. Guillermo Moreda, y algunos soldados.

Momentos despues del abandono del fortin, observando los americanos que el parapeto se hallaba desguarnecido, lanzaron tres "*hurras*," y asaltaron la obra. El primer grupo que subió sobre el parapeto, lo verificó por el ángulo saliente; colocó una bandera azul con el águila y las estrellas americanas, y disparó algunos tiros, uno de los cuales hirió á Castelan. Otros disparos sobre la casa de la Tenería causaron la muerte del jóven y valiente capitan D. Juan Servin.

El enemigo, se hizo dueño de toda la artillería, de poco armamento, y tomó tres oficiales y unos treinta soldados y arrieros prisioneros. El combate había durado desde las siete de la mañana hasta las doce, sin interrupcion.

El fuego que nuestros soldados comenzaron á hacer desde el Puente de la Purísima y del Fortin del Diablo, bañaba de tal suerte el interior del Fortin de la Tenería, que los americanos se vieron obligados á guarecerse dentro del foso. Así es, que en aquel sitio donde minutos ántes había tanta agitacion, no quedaban entónces mas que los muertos, rodeados de un silencio pavoroso.

Tomando el fortin, los americanos no descansaron sobre sus laureles; sino que suponiendo que la pérdida de aquel punto, habría causado grande efecto moral en la plaza, se lanzaron inmediatamente sobre el Fortin del Diablo.

La columna del centro enemigo avanzó violentamente sobre el fortin y parte de la tropa que atacó la Tenería se deslizó por la orilla del rio para ayudar al ataque.

El Coronel de infantería, Capitan de artillería, D. Ignacio Joaquin del Arenal, y el jefe que mandaba el Fortin del Rincon del Diablo, arengaron á la tropa al verse acometidos.

La gente, entusiasmada, comenzó una defensa vigorosa que obligó á los que atacaban á retroceder.

Allí, como en la Tenería, no se perseguía al enemigo cuando era rechazado, por lo cual, éste, podía fácilmente reorganizarse, y con nuevos refuerzos volver á la carga, miéntras los defensores se fatigaban y disminuian cada vez más.

Si se hubiera conservado la reserva, haciendo uso de ella en tiem-

po conveniente, tal vez no se hubiese perdido la Tenería, ó perdiéndose, fuera ocasionando sensibles bajas al enemigo.

Volvieron los americanos á la carga inclinándose cuanto pudieron hacia su derecha G para descubrir la gola del fortin y evitar el fuego de dos piezas que allí había.

Arenal, que lo notó, bajó las piezas de sus explanadas y sacándolas fuera de la obra, maniobró tan hábilmente con ellas, que con sus certeras punterías y con el fuego de la tropa del Segundo Ligero, que cubría el puesto, se logró por segunda vez hacer retroceder á los americanos.

Contribuyeron á esta defensa, los destacamentos situados en las dos flechas intermedias, entre el Rincon del Diablo y el Puente de la Purísima.

Un tercer ataque del enemigo, tuvo para él, el mismo mal resultado que los anteriores, por cuya causa, no volvió á emprender nada sobre aquella línea.

Entre las pérdidas de material sufridas en el fortin, debe contarse un cañon reventado.

Miéntras pasaba lo dicho en el N. E. de la plaza, en el N. la columna que el enemigo había destacado por su derecha, aumentada con parte de las fuerzas que tomaron la Tenería, cubiertas ambas con tiradores llegaron hasta el punto H. Los tiradores comenzaron el ataque con un vivo fuego amparados con todos los accidentes que el terreno les ofrecía.

En la Purísima no había mas que un cañon de á 12 que mandaba el Teniente Coronel de Infantería capitan del arma D. Patricio Gutiérrez.

Observando este jefe que desde la cañonera no podía hacer al enemigo bastante daño, sacó la pieza de batería y la colocó á pecho descubierto en I, donde se distinguió en union del Sargento 1° del Ejército del Norte Simon Mendoza y del peloton de artilleros que sufrió bastante.

El fortin rechazó por dos ocasiones á los asaltantes, que sin embargo acometieron por tercera vez.

En esta última acometida, los enemigos intentaron pasar el Ojo de Agua por I, en momentos en que llegaba en auxilio del punto el Batallon de Aguascalientes, que conducía su coronel D. José Ferro;

y colocando éste á su tropa con rodilla en tierra tras del pretil que corre á la orilla del Ojo de Agua, obligó con su fuego al enemigo á retirarse definitivamente.

El Teniente Coronel D. Patricio Gutiérrez y el Subteniente del Batallon de Querétaro D. Manuel Bulnes con algunos infantes, salieron del parapeto é hicieron varios prisioneros. Entre ellos, había dos jefes de ingenieros gravemente heridos.

Este fué el último ataque que intentó el enemigo en el dia 21. Había combatido desde las siete de la mañana hasta las tres de la tarde, sufriendo grandes pérdidas, sin haber obtenido otra ventaja por aquel lado que la tóma de la Tenería.

Entre los heridos del enemigo se contaba el general Butler.

He descrito fielmente el ataque que el general Zacarías Taylor en persona, dirigió el veintiuno de Setiembre de 1846 sobre el N. E. y N. de la ciudad de Monterey. De una parte fuí testigo ocular; de lo que no ví, recogí relaciones de personas que me merecían confianza, las que comparé entre sí, y de este modo pude formar mi juicio.

Me ocuparé ahora de las operaciones que por el rumbo O. practicó el general Wort, segun los datos que pude adquirir.

Ya dije, que al anochecer del dia 20, el general Wort con una brigada había pasado por detras del Cerro del Obispado, dirigiéndose para el camino del Saltillo.

En la mañana del 21 continuó su movimiento, con ánimo sin duda de tomar el Fortin de la Federacion.

La principal fuerza que llevaba era de infantería, con algunos carros que le sirvieran de reductos, en el caso en que fuese atacado en campo llano y abierto por la caballería.

El general Torrejon, que solamente tenía fuerza de esta arma, intentó cerrarle el paso. De aquí resultó un sangriento choque en que los mexicanos tuvimos la peor parte.

El enemigo, que llevaba la direccion del rio, sin duda para vadearlo y dirigirse al Fortin de la Federacion, se detuvo y ocupó unas milpas para esperar á nuestra caballería.

El general Torrejon, que la mandaba, no vaciló en ordenar la carga, que se verificó con decision, pero fué detenida, más que por

el fuego del enemigo, por una cerca de troncos de árboles tras de la que se había parapetado.

En vano el General D. Manuel Romero hacía esfuerzos para proporcionarse un portillo por donde penetrar; en vano el Alférez D. Domingo Dufóo, echaba pié á tierra de órden de su general, con objeto de abrirlo.

Miéntras, los escuadrones de Lanceros de Jalisco y de Guanajuato, que fueron los primeros en cargar, sufrian muchas pérdidas.

El brillante Teniente Coronel, jefe de Lanceros de Jalisco, D. Juan Nájera, y otros tres oficiales, caian muertos.

Multitud de soldados y de caballos quedaron en un momento fuera de combate.

El Teniente Coronel D. Mariano Moret, que mandaba Guanajuato, recibió de doce á quince balas en su persona, caballo, y montura, teniendo la fortuna de no haberle causado ninguna herida grave.

En fin, no fué posible resistir más, y la caballería retrocedió dejando el campo cubierto con sus despojos.

Triunfante el general Wort, atravesó el rio y atacó el Fortin de la Federacion que solamente contaba con una guarnicion de ochenta hombres y dos malos cañones.

La resistencia que opuso fué muy débil, si bien es cierto que la plaza no le mandó auxilio alguno.

De este modo, los americanos, atacando con fuerzas muy superiores á puntos aislados que la plaza no socorría, habían ocupado en aquella jornada, al N. E. la Tenería, al S. O. el Fortin de la Federacion y el camino del Saltillo.

Los prisioneros que hizo el enemigo en la Tenería, fueron conducidos con una fuerte escolta al Bosque del Nogalar, donde el General Taylor tenía formado su campamento; pero durante el trayecto, sufrieron el fuego de cañon que la Ciudadela hizo á la escolta que los conducía, miéntras la tuvo á su alcance.

Al llegar al campo, alojaron á los oficiales en una tienda de campaña inmediata á la del General Quitman; y á la tropa en un lugar distante, debajo de los árboles.

En la noche llegó el General Quitman, trató á los oficiales con agrado, y les mandó su negro con una charola abundantemente pro-

vista de jamon, galletas y café, primer alimento que tomaban aquel dia.

Poco despues, la tienda fué rodeada por un destacamento de infantería.

La noche era lluviosa, y como la tienda era de lona de algodon, los oficiales recibieron la lluvia como si estuvieran á campo raso.

No obstante, á consecuencia de las fatigas del dia, durmieron bien.

Setiembre 22.

Muy de mañana llegó á la tienda un sargento enviado por el General Taylor, para conducir á los oficiales prisioneros á su presencia.

Estaba el General en mangas de camisa, sentado en una silla de tijera delante de su tienda.

Por medio de intérprete interrogó largamente á los oficiales sobre el estado que guardaba la guarnicion de Monterey, su número, su moral, y si esperaba socorro. Se informó tambien de la fortificacion, artillería, municiones y víveres, haciendo otras preguntas, que los oficiales contestaban de manera de no dar ninguna luz al General.

Terminado el interrogatario, dijo á los oficiales que quedaban en libertad.

Preguntado por estos á qué causa debian aquella generosidad, contestó: que era práctica admitida entre naciones civilizadas, que los oficiales prisioneros podian retirarse á sus hogares, dando palabra de honor de no volver á tomar las armas durante la guerra presente, hasta no ser debidamente cangeados.

Contestaron los oficiales que agradecian mucho la proposicion de libertad que se les hacía, pero que no les era posible admitirla, porque no podrian permanecer indiferentes á las desgracias de su país, ni querian renunciar á las glorias que el Ejército Mexicano pudiese adquirir. Que en consecuencia, preferian permanecer prisioneros, dejando á la fortuna la solucion de su destino.

Habló el General en seguida de cosas varias, y entre otras, dijo: que sabía que la artillería mexicana estaba servida por oficiales extranjeros, hizo muchos elogios de esta arma y elogió el valor de las tropas.

Concluida la entrevista, los oficiales volvieron á su tienda, haciendo comentarios favorables á su causa, fundados en las preguntas que el general les había hecho.

Poco despues salió el General Taylor del campo, pero no de uniforme como había estado la víspera dirigiendo el ataque de la Tenería.

Llevaba una levita de carranclan de cuadros pequeños azules, pantalon azul sin franja, chaleco de piqué y sombrero de paja de grandes alas.

Ni el caballo que montaba, ni la silla, llevaban ningun adorno militar.

Semejante cambio no pudo ménos de llamar la atencion de los primeros, quienes comenzaron á hacer comentarios, atribuyéndolo á que el General quisiera practicar algun reconocimiento peligroso, por sí mismo.

Habría pasado media hora, cuando los oficiales oyeron que el cañoneo comenzaba de nuevo en Monterey. Esto los consoló, porque ignorando lo que había pasado el dia anterior, despues que fueron hechos prisioneros, el silencio les parecía de mal agüero.

He aquí lo que ocurría:

Mirando el enemigo el mal resultado de los ataques que había dirigido sobre el N. y el N. E. resolvió trasladar sus operaciones al O. atacando el cerro del Obispado.

Este punto estaba cubierto por ménos de doscientos hombres de varios Cuerpos, con cuatro cañones, todo al mando del Teniente Coronel Berra.

Tres cañones se hallaban colocados en el frente que veía al camino del Saltillo, y una pieza de á 12 á la espalda, sobre una cresta donde se construyó una flecha que guarnecian cincuenta hombres.

Esta parte del cerro es en extremo escarpada y los fuegos de artillería no podian ofender sino á larga distancia, con tiros fijantes, y por lo mismo de muy poco efecto, pero sin poder batir la subida, á causa de la considerable altura y rápida pendiente.

Los americanos pernoctaron cerca del cerro, asaltando á la madrugada la pequeña obra de la cresta, que por ser sorprendida casi no opuso resistencia. La fuerza se replegó al Obispado dejando algunos muertos en el campo y desbarrancando la pieza.

Posesionado el enemigo de aquel punto, quedó dominando á la guarnicion del Obispado; y como no se había pensado en fortificar la espalda del edificio que miraba á la cresta, la tropa tuvo que salir á hacer la defensa á pecho descubierto.

Los americanos colocaron una pieza en la cima que ocupaban, y con otra que tenían situada en Loma Blanca, cruzaban perfectamente sus fuegos sobre nuestros soldados, batiéndolos por el frente y por la espalda.

De los tres cañones que quedaban, solamente uno se hallaba en buen estado de servicio. Los otros se habían inutilizado; el uno desmotándose, y desfogonándose el otro, cuyos desperfectos ocurrieron durante el fuego que el dia anterior habían hecho cuando la carga de la caballería.

Toda la mañana hizo el enemigo fuego de cañon, miéntras organizaba su ataque.

El Teniente Coronel D. Francisco Berra solicitó repetidas veces que fuese reforzado el punto, pero parece que se le contestó que le bastaba con la fuerza que tenía.

Sin embargo, se asegura que se dió órden al General D. José López Uraga para que se encargase de la defensa del Obispado, y que dicho general anunció que si para las doce del dia no le mandaban por lo ménos ochocientos infantes y dos piezas, no se haría cargo de la defensa.

Como no llegó el refuerzo pedido á la hora indicada, cumpliendo su palabra el General Uraga se volvió á la Ciudadela.

Entre dos y tres de la tarde, los americanos descendieron sobre el Obispado con una fuerte columna apoyada con multitud de tiradores.

Nuestros soldados esperaron formados en batalla, pero al fin fueron arrollados por el superior número y el impulso del enemigo.

El General Torrejon, que se hallaba con su brigada de caballería cerca del cerro, quiso auxiliarlo.

Al efecto, mandó desmontar parte de su fuerza y le ordenó subir

pero como era natural, fué rechazada por la infantería, que en aquel caso tenía una incontestable superioridad.

Advirtiendo un soldado que la bandera quedaba izada en el fuerte, volvió por ella, y logró arriarla y llevarla consigo, á pesar del fuego que hicieron sobre él para impedirlo. No sé si al soldado le dieron algun premio, que bien lo merecía, pero supongo que no, porque no recuerdo que el hecho se haya mencionado en algun documento oficial.

Posesionados los americanos del Obispado y del Fortin de la Federacion, quedaron dueños del camino del Saltillo, y por consiguiente, cortada la guarnicion de Monterey con el interior de la República.

Aunque esto era realmente un mal, no influía inmediatamente en la defensa de la plaza, porque siendo puestos aislados y fuera del recinto los que ocupaba el enemigo, tenía éste que hacer nuevos esfuerzos para penetrar en el perímetro fortificado.

Sin embargo, en vez de preparar la defensa para el dia siguiente, se ordenó en la noche el abandono de la primera línea, donde el dia 21 se habian estrellado los americanos, y corrió igual suerte la segunda, que aún no había podido ser atacada.

Concentradas las tropas en la tercera línea, quedaron aglomeradas en una pequeña área, donde los proyectiles enemigos tenian por necesidad que hacer el mayor efecto. Se cometió tambien la falta, de encerrar algunos Cuerpos de caballería, cuya tropa desmontada se colocó en las alturas para utilizarla como infantería; sin observar que con sus armas de corto alcance, no podian competir con los americanos, y sin tener en cuenta, las dificultades que se presentarían para mantener y cuidar los caballos.

Aquellas fuerzas podian haber prestado mejores servicios en el campo, sin embarazar con los caballos el poco espacio con que se contaba, y sin aumentar los inconvenientes con la necesidad de su cuidado y mantencion.

El sistema de defensiva absoluta que se había adoptado, ayudaba admirablemente al enemigo. No solamente no se intentaba recobrar alguno de los puntos que se habían perdido, ni tampoco se hacian salidas para apoyar las defensas parciales y rechazar los ataques,

sino que innecesariamente, segun mi humilde juicio, se abandonaron dos recintos fortificados que habrían costado muchas pérdidas al enemigo.

Setiembre 23.

Al amanecer, los americanos, como de costumbre, hicieron su reconocimiento, y notando el abandono de las líneas, se apresuraron á ocuparlas, cuya operacion practicaron sin ser contrariados.

Desde este momento, el estado de la guarnicion fué comprometido.

Agrupada en un reducido espacio, donde convergían los fuegos de los sitiadores, sufría mucho con ellos.

Por otra parte, había quedado aislada la Ciudadela, sin poder ayudar á la defensa, y cerrada voluntariamente la salida que debía haber conservado la guarnicion hasta el último extremo.

Todo esto engendró un profundo disgusto en la tropa, el que fué creciendo por grados, al verse reducida á una mala situacion y no por los esfuerzos del enemigo.

Colocaron los americanos baterías de obuses, en el Campo-Santo, y en la plazuela de la Carnicería, y una de cañones en la altura LL.

El fuego de estas baterías, concentrándose en nuestras posiciones, comenzó á causar estragos, sin que pudieran remediarse, pues no había modo de contrabatirlas, por no ser vistas.

A pesar del mal éxito que los americanos habian tenido en algunos de los ataques dirigidos á nuestras obras, organizaron varias columnas con objeto de ocupar definitivamente la plaza.

El combate fué rudo; pero una vez más fueron rechazados con bastantes pérdidas.

Convencidos de las dificultades y peligros que ofrecian los ataques á viva fuerza, por las calles, se propusieron el ir conquistando el terreno palmo á palmo. Así lo comenzaron á ejecutar, derribando paredes, haciendo horadaciones, abriendo aspilleras en los muros intermedios, que solian servir para ambos combatientes; y de esta suerte tuvieron que ir ganando casa por casa.